

Aquel paseo por el Canal Imperial de Aragón

ALFREDO CASTELLÓN

Ilustraciones MARIANO CASTILLO

*Escribo cuentos para el mar helado
que hay dentro de mi pecho.*

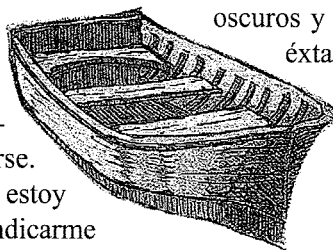
Richard Ford

Cuando alcancé la edad de quince años, mi madre determinó que había llegado el momento de solazarme con alguna muchacha conocida. Yo no sabía muy bien lo que era eso de solazarse con una chica, así que en cuanto pude consulté el diccionario. Solazarse equivalía a alegrarse, divertirse, refocilarse. Conociendo a mi madre como la conocía, estoy seguro que utilizó ese vocablo raro para indicarme algo diferente de esa sosez de divertirse o alegrarse, así que busqué esa tercera acepción. Su significado se acercaba más a lo que mi madre deseaba que hiciera con la muchacha: gozar y deleitarme.

La elección recayó en mi vecina Lupita. Así lo había acordado con la madre de la chica que pocos meses antes había cumplido catorce años.

Preparé, por consejo de mi madre, una lista de lugares de distracción de la ciudad o, como se decía entonces, de esparcimiento: Cabezo, Rincón de Goya, Paseo de la Independencia, con helado italiano incluido, Canal Imperial y viaje en barca también incluido. Ella eligió este último, con la debida aprobación de nuestras madres. También había sugerido la Quinta Julieta, pero era martes y recordamos que ese día estaba cerrada.

Lupita y yo nos conocíamos desde muy peque-



ños, seis o siete años a lo sumo. Solíamos jugar juntos, la mayor parte de las veces al escondite. A la niña le gustaba descubrirme en los rincones más oscuros y allí se me abrazaba, y yo a ella, hasta el éxtasis. Pero todo quedaba en eso, abrazos y toqueteos de duración indeterminada, porque siempre había otros niños que pretendían lo mismo y, claro, nos descubrían. Un día, desapareció de la casa. Sus padres se habían separado y la niña fue asignada al padre que había fijado su residencia en Segovia.

Pasados unos años supe, por una conversación de mis tíos, que el padre de la niña «se había puesto a vivir» con otra señora y Lupita volvió con su madre.

Esa noticia me llenó de ansiedad. La estuve esperando con impaciencia los siete u ocho días que tardó en aparecer. Nos encontramos en la escalera y ni siquiera me saludó. Yo, desconcertado, me volví y le dije quien era, ella me miró displicente y me dijo:

—Tú eres el canijo del quinto; chico, no has cambiado nada.

Y desapareció escaleras abajo. Eso de canijo me llegó al alma, pero, qué le vamos a hacer, tenía razón y es que la cartilla de racionamiento de tercera no daba para más, en cambio ella se había desa-

rollado un montón, hasta tenía tetas como las chicas mayores. Por eso estaba tan nervioso esa mañana antes de salir de excursión hacia el Canal Imperial de Aragón.

Apareció comiéndose una manzana, traía otra para mí que me tiró desde su distancia. Le di las gracias y nos pusimos en camino. Atravesamos el Parque de Pignatelli en silencio. Después del corte que me había dado en la escalera no me atrevía a abrir la boca. Se paró unos instantes y me miró de arriba a abajo, bueno eso de arriba a abajo es un decir porque tan sólo me aventajaría en cuatro o cinco dedos, claro que a mí me parecían leguas.

—Compréndelo —me dijo— eres muy niño y sigues igual de...

Estoy seguro que iba a repetir el calificativo de la escalera pero debió de parecerle fuerte y lo cambió por el de escuchimizado, que quizá me cayó peor, por ser la primera vez que lo oía.

—La verdad es que eres muy poca cosa todavía. En Segovia salía con chicos mucho mayores que yo.

—¿Entonces por qué has venido conmigo?

—Por salir, así de simple —me contestó.

Me callé y emprendí la marcha. Mi cabreo era evidente. Ella me alcanzó, se puso a mi lado y me cogió la mano.

—Lo que tienes que hacer es comer más, «somarda», que eres un «somarda», —me dijo con un tono de voz dulce y zalamero. Y después:

—Me han dicho que pronto van a suprimir el racionamiento y podremos comprar todo lo que queramos, verás entonces como te pones de fuerte.

Yo la seguía en silencio con mi mano agarrada a la suya y sudando y sudando sin parar. Quise decirle que ella había crecido más que yo porque su padre era militar y tenía los chuscos y alguna que otra cosa más, gratis, pero no me atreví por miedo a que se enfadara y me soltara la mano. Llegamos al embarcadero y alquilamos la barca que nos pareció más seca. Nos montamos y cuando iba a coger los remos me indicó que quería remar ella.

—Como quieras —le contesté—, pero ten cuidado con las manos, se hacen callos.

—Me pondré el pañuelo —afirmó. Y luego: —Déjame el tuyo para la otra.

Le di mi pañuelo y empujé

la barca para alejarla de la orilla. Lupita empezó a remar, lo hacía bastante bien y se lo dije.

—Lo haces muy bien.

—Me gusta mucho remar. En Segovia iba todos los domingos con mis amigos.

—¿Cómo es Segovia? —le pregunté.

—Es más pequeña que Zaragoza pero muy bonita. El marido de mi tía, que era italiano, decía que se parecía a las ciudades de su tierra. Además está cerca de la capital, mi padre me llevó un par de veces a Madrid.

—¿Te gustó?

—Es grande, pero nada más. Me gustaron mucho las fuentes.

—Mis padres nunca me llevan a ninguna parte, bueno, al pueblo con mis abuelos sí, para que coma fruta.

Lupita sonrió y me pareció más hermosa que nunca. Después se puso a cantar al ritmo del paleteo de los remos. Al terminar la canción, que tarareaba a ratos y otros cantaba, le dije que lo hacía muy bien, y volvió a sonreír.

—En Segovia gané un concurso de radio —me contestó.

—¿Y qué cantaste?

—Una jota.

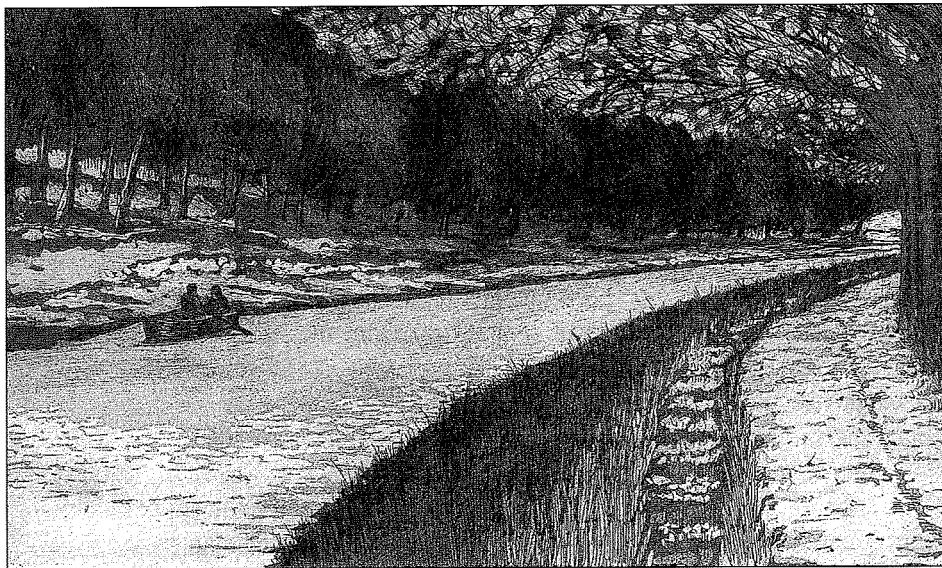
—¡Qué bien!

—Nada de bien, la eligió mi tía Asunción, mejor dicho me la impuso; a mí no me gustan las jotas, son muy brutas.

—Bravas —me atreví a corregirla.

—Bueno ellos dicen eso, que son bravas, pero a mí me parecen muy bastas.





—Son de nuestra tierra y...

—¡Ya salió a relucir lo de nuestra tierra!, eres como mis tías. Ahora canto cosas más finas, americanas.

—¿Es que hablas inglés? —le pregunté asombrado.

—Tengo buen oído.

—Me gustaría oírte cantar.

—Ni hablar, te aguantas, si voy a la radio ya te avisaré, allí te acompañan con piano y sales mejor.

—Sería estupendo.

Metí la mano en el agua y así estuve un buen rato sin mirarla. Ella dejó de remar y se sentó a mi lado.

—Lo de canijo no te lo dije para ofenderte, pero es que las mujeres nos hacemos, eso, mujeres muy pronto, en cambio vosotros...

—Yo me he acordado siempre de ti. Afirmé resuelto, queriendo ser convincente.

—Y yo también —me contestó. Y silencio otra vez. Al poco tiempo, ella: —Ya no tengo la rabadilla ¿sabes?

—¡Cómo! —exclamé asombrado.

—No te hagas el tonto, se que has estado pensando en eso todo el tiempo. A mi padre le parecía una cosa horrible y mandó que me la cortaran.

—Lo siento, —le contesté confundido.

—Lo sientes, ¿y por qué?, si puede saberse.

—Me gustaba.

—Ya lo sé. En realidad a los niños que nacen con ese apéndice se lo suelen cortar enseguida, pero a mi madre le parecía muy gracioso y por eso me lo dejaron.

Me miró unos instantes, sonrió y me preguntó:

—No te lo crees ¡eh! ¿Quieres tocar?

Moví la cabeza afirmativamente. Entonces ella cogió mi mano se levantó la falda y la posó sobre su coxis.

—Lo ves, liso y liso —me dijo complacida.

Yo sostuve la mano unos instantes con la mirada perdida. Sentía una tremenda frustración y todo empezaba a ser diferente, incluso llegó a nublárseme la mirada y a ver el agua muy cerca de mis ojos. Al fin, repuesto, retiré la mano y le dije:

—Me gustaba tu rabito porque se movía entre mis dedos cuando te acariciaba por aquellos rincones de nuestras casas.

—¿Y ahora ya no? —me preguntó con un tono de voz que a mí me pareció de enfado.

Yo me quedé callado y ella prosiguió:

—Te voy a confiar un secreto, verás.

Y maniobrando con los remos acercó la barca a la orilla, después me cogió de la mano y me hizo bajar. Nos sentamos en la hierba al pie de un grandísimo sauce que nos envolvió. Se desabrochó la blusa y me enseñó, deslumbrantes, sus incipientes senos, que tenían unos delicados y tersos pezones.

—Ahora tienes que tocarlos suavemente —me dijo—. Y no dejes de mirarlos mientras los tocas —añadió.

Hice lo que me pedía con diligencia y desde luego con suavidad, mucha suavidad. Ella se recostó en el árbol y cerró los ojos. A los pocos segundos los pezones empezaron a moverse como dos gusanos de seda. Los acaricé unos segundos más pero bruscamente, dejé de hacerlo. No me gustaba. Me parecía una exhibición circense, pero no se lo dije. Me separé unos centímetros, ella captó el movimiento, abrió los ojos, se abotonó la blusa y me preguntó:

—Bueno, ¿qué te ha parecido?

Yo tarde unos instantes en contestarle pero al fin lo hice y con un tono de voz que intenté fuera convincente:

—Me gustaba más el rabito, —le dije. Y ella contrariada:

—Eres un chico muy raro, anda, vámonos.

Y montamos en la barca de nuevo. Esta vez me dejó coger los remos. Y silencio, ni una palabra por mi parte y menos por la suya. Cuando iniciábamos la primera curva se nos apareció una barcaza cargada de jaulas de animales africanos: tigres, leones, dromedarios. Antes de que la extraña

embarcación hubiera desaparecido se nos vino encima otra del mismo tamaño repleta también de animales raros: serpientes, tortugas, armadillos, caracoles y otra más tarde con tucanes, chorlitos, papagayos y no sé cuantas aves más. Lupita, indignada, me espetó:

—¿Pero dónde me has traído?

Y yo tan asombrado como ella, le contesté:

—Yo creía que estábamos en el Canal Imperial de Aragón, pero me parece que...

—Mentiroso —me replicó llena de ira—. Quiero volver a casa. Bájame, bájame enseguida. Eres un «samarugo», eso es lo que eres, un «samarugo».

Acerqué como pude la barca a la orilla y se bajó, alejándose a toda prisa. Cruzó en dos zancadas el Parque de Pignatelli y llegó a su casa totalmente descompuesta.

Contó lo sucedido acusándome de visionario peligroso y de ser un «machuca». Mi madre justificó mi actitud asegurando que habría sufrido alguna contrariedad, y eso me provocaba, desde muy niño, visiones raras. Su madre lo achacó al hambre perruna de la larga posguerra que padecíamos. Pero nin-

guna de las dos se daba cuenta de que Lupita también había visto las barcazas con los animales y así se lo dijo a su madre:

—¡Pero mamá, es que yo también he visto a esos animales!

Y su madre le contestó seca y pausadamente:

—Es que las fantasías de hambre son muy contagiosas.

Aquellas visiones mías tuvieron gran trascendencia en el barrio y hasta el párroco, que tenía fama de filósofo, se permitió un comentario público en su misa matinal. Claro que los párrocos de aquellos tiempos se metían en todo, principalmente en los sucesos extraordinarios, que tanto abundaban debido a los ataques de hambruna que se producían. «La construcción del pensamiento —dijo el bueno del cura— no siempre es lineal y el tiempo se descompone con facilidad en nuestro cerebro, apareciendo ante nuestros ojos formas sin ley».

No sé si alguien le entendió pero yo me sentí comprendido y con ganas de que esas formas sin ley se me aparecieran de nuevo en mi próxima excursión en barca por aquel misterioso Canal Imperial de Aragón.

